

Santiago, enero 6 de 1951.

Señor Rector de la Universidad Católica,
Monseñor Don Carlos Casanueva O.
Presente. -

Íltimo. Señor:

Un extraño acontecimiento ha originado la redacción de esta carta.

Pero quiero que esta exposición de hechos sea el fundamento de una queja formal, ya que se trata de un atropello nunca igualado, y cuyas proporciones alcanzan a manchar en forma vergonzosa la Cátedra de Cirugía de esa Universidad.

El cobarde protagonista ha sido un tal Salvestrini, médico tal vez muy firmiano de ese establecimiento.

El jueves 14 del mes de diciembre pasado, más o menos a las ocho de la mañana, un enfermo de la Sala 7, Piso 5º, del Hospital Clínico de la Universidad Católica espera humilde y apaciblemente al médico Salvestrini, a fin de solicitarle el alta.

El enfermo está vestido y tiene ya listo su paquete para la partida. Está solo al lado afuera de la Sala 7, Piso 5º No

hace ruido. Respira con cansancio. Apenas puede mantenerse en pie. El médico Valvestrini ha pasado dos veces por ahí, fingiendo no reconocerlo.

A pesar de ello, el enfermo continúa en silencio profundo, no se queja; aunque siente resonar en sus oídos las palabras atrevidas con que ese mismo Valvestrini lo tratara el día anterior, al ser sometido a un examen bronquial. Siente en sus oídos las expresiones insolentes: "Córrete pa' llá, viejo, oh." - "Dome las patas pa' llá, viejo, oh." - "Fónete de guata, oh."

El paciente cree haberse equivocado de hospital: cree que en vez de haber caído en manos de un médico serio, ha caído en manos de un recolector de basuras o de un listrabortas.

Conviene dejar constancia, además, de que para llevar a efecto dicho examen, el enfermo había pagado las siguientes cantidades: cincuenta pesos por derecho a Policlínico; cuatrocientos pesos por dos radiografías; doscientos pesos por unos aceites para el examen bronquial. Total:

\$ 650. =

Hay que considerar todavía que di-

cho enfermo se encuentra muy debilitado tanto por la enfermedad bronquial como por los veintiocho años de servicios escolares que lleva en varios colegios católicos. Por tanto es acreedor a ser tratado cristianamente.

Sin embargo no es así. El médico Salvestrini bruscamente se torna en un cobarde agresor contra una víctima indefensa. ¿no siente rubor en despojarse de su toga de catedrático para cambiársela impunemente por el puño ensangrentado de un rufián del Alcatadero!

El terrible matón se acerca al paciente con furia satánica. Sin duda que ya había oído rumores de que dicho enfermo le iba a solicitar el alta. No deja que el enfermo le explique nada. Como un condenado escapado del Infierno, grita desesperadamente: "Si quiere irse, váyase inmediatamente, antes que lo saque a empujones o a bofetadas o a patadas," - haciendo ademanes como para provocar riña!

¿A tal grado de embrutecimiento puede llegar el uso de la morfina?

Ahora bien, si tal individuo no es un morfomano ni un alcohólico, mu-

cho menos puede ser un católico de verdad; aunque también es verdad que para conservar su puesto pueda engañar a sus superiores haciendo comuniones sacrílegas. Desde luego ha cometido una profanación con caracteres de sacrilegio al dar rienda suelta a su soberbia infernal, pretendiendo ensangrentar sus puños en un recinto esencialmente cristiano; acto criminal cometido a contraspejos de la capilla, en la cual, día y noche, permanece el Santísimo!

Muy estimado Monseñor Caramazza: es necesario que este acto de salvajismo soviético no quede impune! Le lo suplico! Porque a Dios pido justicia!
Dios guarde a V. S. Última.

J. Alfonso Zavaro S.
Av. Domingo Santa María N.º 40.

Post scriptum. - a) Pienso enviar copia de esta carta a distinguidas personalidades, entre las cuales figurar: Excmo. Señor Canciller, Ministros, Senadores, etc.
b) - Parece que el nombre completo de tal individuo es Hugo Salvatrini Ricci. -